



ACTO SEGUNDO

La cocina del Pazo de Trava. Enorme chimenea de campana, de piedra, con un blasón pequeño en el dintel y bancos de madera á los costados. La izquierda del escenario deben ocuparla casi esta chimenea y una reducida puertecilla, practicable, que se supone que sale al corral. Al fondo gran puerta practicable, que al abrirse deja ver el patio, con un árbol de grueso tronco. Si se cree conveniente para el efecto escénico, puede haber también, al fondo, ventanas con reja, que permitan ver igualmente el patio. A la derecha, puerta que comunica con el zaguán. No lejos de la chimenea, vasta mesa de madera tosca: á la izquierda, alacena: convenientemente repartidos, asientos groseros, negruzcos, instrumentos de labranza, artesa de amasar, espeteras con batería de cocina nueva y brillante. El fuego arde, y cuelga de los llares el pote, pero también hay cacerolas finas arrimadas á la lumbre. Es de día.

ESCENA PRIMERA

MIGALLA y JUANA. Juana atiende á los pucheros, espumándolos y dándoles vueltas. Migalla, ante la mesa, pela patatas que va echando en un lebrillo. Es una niña que viste zagalejo y lleva el «dengue» del país.

JUANA Avispate, despabila, rapaza, que van siendo horas.

MIG. No hay manos para más... Una arroba llevo pelada. Diga, ña Juana: ¿tienen los señores la barriga más grande que nosotros?

- JUANA ¿Por qué?
MIG. Por tanto asombro de preparar comida. Cien pobres se hartarían con lo que disponemos. ¿Cuántos señores vienen por todo?
- JUANA A derechas ni lo sé. Pareceme que es el señor, la señora, la niña pequeña, y una inglesa que la cuida... Pero traen mucho servicio; para señores y criados se han preparado nueve camas.
- MIG. (Arrojando el cuchillo.) No pelo más. Aunque sean lobos, sóbrales.
- JUANA ¡Hase visto! ¿Qué sabes tú? Es de señores comer mucho y dejar más todavía. Las fuentes han de volver á la cocina casi llenas.
- MIG. ¡Ya! ¡Cosas del señorío!
- JUANA Claro, mujer... Cuando me llamaron para cocinar aquí salía yo de casa del señor conde de Brito; me despacharon porque á la señora condesa, que es maniática, se le antojó un cocinero negro más feo que el coco. Pues en casa del señor conde, vendía yo á las fondas de Oporto, á diario, cuatro marmitas de sobras.
- MIG. ¡Qué pecado!
- JUANA ¿Pecado? Yo no robaba nada; sobras eran... Lo que hacía era comprar abundante, ¿entiendes? Los señores en algo se han de diferenciar...
- MIG. Por supuesto. . Los señores, de suyo, requieren otra mantención... Con unas berzas y un poco de unto nos apañábamos el señor Santiago y yo, y aun quedaba para los perros; verdad que el señor Santiago no es un señor... ¡como el señor! Ya me comprende. Ahora es distinto... Me tendrán que habilitar una cocina á la moderna, porque en esta no me entiendo... y quitar de ahí esos trastos, que me estorban...
- JUANA
- MIG. Dicen que el señorito no permite que se toque á nada. Ni echar al tejado una teja, ni una tabla á los pisos. Así está todo.

- JUANA (Con curiosidad.) ¿Conoces tú al señorito? Cuentan de él..
- MIG. La última vez que le ví era yo un tapón y apastaba la vaca. Porque yo no entré á servir al señor Santiago hasta morir la señora Ildara, que era su madre.
- JUANA ¿Y cómo es el señorito?
- MIG. No despreciando á nadie, muy humano... Dióme una peseta y un beso en las manzanas de la cara
- JUANA ¿Nunca más volvió aquí desde entonces?
- MIG. Yo no sé si volvería. Se corrió por la aldea que andaba muy malísimo, que le daban... así... unos arrebatos... El vivía en Oporto. Luego corrióse que estaba mejor, y luego que casaba con la señorita joven de Ourense, hermana de una que se escapó de su casa ó la mataron ó no sé qué... Y esto lo oí yo en una deshoja de maíz; porque el señor Santiago, cuando le pregunto, me bufa y me regaña los dientes.
- JUANA ¡Es tremendo Santiago! Pero es todo un hombre. ¡Eso sí! Y formal, y sin vicios, y que no estraga el dinero como hacen otros.
- MIG. Pero cuando se torna serio... quiere decir aun más serio... mete respeto su cara. Luego, como no habla sino para reprender... ¿Los señores amos serán más fabladeros?

ESCENA II

DICHAS y SANTIAGO, por la puerta del fondo. Trae al hombro la escopeta, y al cinto una alforja de red llena de caza.

- SANT. ¿Ya estais haciendo conversación de los amos? ¿No tengo mandado que no los toméis en boca?
- MIG. A mí díjome la señora Juana...
- JUANA Fué ésta que preguntó...

SANT. (A Migalla.) Tú, al corral á desplumar estas perdices y desollarme esta liebre... (se descifne la alforja y se la entrega á Migalla. Esta sale por la puertecilla de la izquierda.)

ESCENA III

SANTIAGO y JUANA. Santiago se sienta ante la mesa, saca la petaca, y pica y lía un cigarro: Juana se le acerca solícita.

JUANA Por tu vida me digas, Santiago... ¿Por qué nos tienes tanta tema á las mujeres?

SANT. (Con un gesto de desdén.) Por lo mismo.

JUANA ¿Por lo mismo?

SANT. Por esto que haces tú... Por curiosas; por la maña de preguntar... y porque de ellas viene todo el mal del mundo.

JUANA Y de vosotros, ¿qué viene? ¿Onzas de oro y libretas de pan? (Santiago no responde.) Ya te conozco, ya, en el mes que aquí llevo aguardando á unos señores que nunca llegan.. Siempre callado para que no se te vea la color del pensar, que debe de ser como la del betún...

SANT. No sé qué falta hace que hable yo. Hablas tú por mí y por una docena. (Pausa.) Dame un cuenco de caldo bien caliente.

JUANA ¡Cuitado! ¡Tendrás el estómago como la pura nieve! ¡Desde la madrugada en el monte! (saca con diligencia la taza de caldo.) Toma: es del pico del pote y trae la buena gordura. Hasta tajada lleva, galán. Y si quiéres, te frío un bisté de la carne que hay para la cena de los señores.

SANT. Esas bribonadas harás tú.

JUANA ¡Mal agradecido! Ni siquiera abrirás la boca para decir: ¡sábeme el caldo, Juana!

SANT. Ya abro y cierro la boca para comerlo.

JUANA ¿A cuánto se vende la onza de conversación? ¿Llevan caro por colgar la lengua otra vez, si llegase á descolgarse con el uso?

SANT. No sé qué falta te hace mi platicar.

JUANA No hay aquí sinó nuestras dos personas... ¿Con quién ha de tenerse un habla, sino contigo?

SANT. Con Migalla.

JUANA ¡Valiente personaje! No sé cómo se te ocurrió tomar una criada por el estilo.

SANT. No hallé mujer más menuda en toda la parroquia.

JUANA ¿Tomástela por menuda?

SANT. De lo malo, lo menos.

JUANA ¡Desvergonzado! (Pausa.) A fe, si llego á saber lo que aquí pasa, no vengo ni arrastras. En buena casa me he metido. No me sé acostumbrar. Todo tan á la antigua... una cocina tan vieja... y de noche, unos miedos que no puedo dormir...

SANT. (Sobresaltado.) Miedos... ¿á qué?

JUANA ¡Eso es lo peor... que no sé á qué tengo miedo! pero miedo, tengo muchísimo, aun no bien anochece: ¡Esas bodegas tan oscuras! ¡Esas cubas tan enormes! Parece que detrás hay cosas del otro mundo.

SANT. ¡Mal rayo te abraze, brüja!

JUANA ¡Ave María! ¡No te indignas poco! ¿Si será cierto lo que me dijeron en la posada de Monzón?

SANT. (Procurando dominarse.) Buenos embustes te dirían.

JUANA Dijéronme... Pero te vas á enfadar otra vez.

SANT. (Afectando buen humor.) Echa por esa boca; será cuento de risa.

JUANA Pues oye... ¡Dijéronme... que habías matado á tu misma madre!... Matarla con un cuchillo, no; pero que la encerraste en un cuarto sin dejarla más salir ni hablar con persona de este mundo, y que así se fué muriendo. Y que se quejaba, y que de noche se te

aparece... ¡Que se ven luces andando por la casa, y que es el alma de tu madre!...

SANT. (Sacando un pañuelo de color y limpiándose la frente.) ¡Arrea almas! (Pausa.) ¡Estás fresca si das crédito á decirse! En esa misma posada de Monzón, por cierto, contáronme á mí que tú habías salido de casa del conde de Brito con el baul registrado y la policía avisada.

JUANA ¡Mentira! ¡Mentira! ¡Maldades de la gente! SANT. Por sabido.

JUANA ¡Así les nazca una culebra en la boca! SANT. Amén. (Enciende el cigarro y lo chupa.)

ESCENA IV

DICHOS y MARTÍN. Martín entra por la puerta del fondo. Viste de camino y campo. Se detiene un momento en el umbral, demostrando emoción. Al fin exclama:

MART. ¡Santiago! ¡Santiago!

SANT. ¡Mi amo! ¡Señorito! (Hacen un movimiento como para abrazarse, pero se detienen á igual distancia, mirándose intensamente.) ¿Viene solo?

MART. Solo vengo. Me adelanté por el atajo. La señorita y la niña salen ahora del Fazo de Ourense. ¿Está arreglado todo?

SANT. Todo está en orden. La señora, mi ama, puede venir cuando quiera.

MART. (Volviéndose con cierta inquietud hacia Juana.) Esta es...

SANT. La cocinera que he encargado á Oporto por orden del señorito.

JUANA Servidora..

MART. Sí, es preciso dar descanso al ama Ildara...

SANT. Señorito, ya le ha dado su descanso Dios.

MART. (sobrecogido.) ¡Muerta! ¡Santiago, qué tendrá la muerte! ¡Una cosa tan prevista, y siempre ha de sorprender! ¡Pobre ama Ildara! ¡No había hecho mal á nadie! (Pensativo.)

SANT. ¿Quiere el señorito ver las habitaciones cómo las dispuse?

MART. Déjame descansar un poco. Vengo mareado... Tengo las piernas quebrantadas... (se sienta dando señales de fatiga.) ¡Que me traigan un vaso de agua fresca, bien fresca... un vaso grandel!...

JUANA A buscarla voy al mismo caño de la fuente... La que hay aquí se habrá recalentado. (Toma un jarro y sale por el fondo.)

ESCENA V

MARTÍN DE TRAVA y SANTIAGO

SANT. (Mira alrededor, y al cerciorarse de que están solos, se acerca á Martín y le dice casi al oído.) Viva á gusto, señorito... No queda ni señal...

MART. (Con doloroso extravío.) ¿Dices?...

SANT. No le escribí al señorito nada de este caso, porque un cacho de papel vende á un hombre; y se lo digo ahora, porque en llegando la señora, mi ama, y luego en toda la vida del mundo, no se debe volver á tocar conversación semejante. Pero le repito que esté descansado. ¡Aunque viniese ahora, una suposición, la justicia, y registrase piedra por piedra la casa, y la arrasase hasta los cimientos, ni esto encontraría! Y ya no vive mi madre, que era el único testigo...

MART. (Espantado.) ¿Testigo? ¿El ama Ildara sabía? SANT. (Sombriamente.) Más de lo que cumplía que supiese... Vió la mesa puesta para dos; conoció que el señorito venía á Trava aquella noche...

MART. ¿Lo ves, Santiago? Nunca es posible ocultar del todo nuestras acciones... Alguna circunstancia inesperada echa por tierra la obra de cautela y engaño.

SANT. ¡No señor! ¿Para qué estaba yo aquí? Como

sé que las mujeres no pueden sujetar la lengua, desde la mañana siguiente. ¿me entiende, señorito? la encerré en un cuarto... y allí le llevaba la comida.. pero la llave en mi bolsillo... bien segura. ¡No tornó á comunicar con nadie!... ¡Y fué bueno! Porque aquí no paraban de charlar y charlar sobre tal asunto...

MART. ¡Calla, calla, Santiago! Desde que he entrado aquí y sobre todo desde que conversamos, parece que se suprime la distancia, que el tiempo retrocede, que lo presente es lo pasado, y que seis años transcurridos tienen la duración de un minuto... No, pues tú de hablador no solías pecar.

SANT. Perdóneme, pero es al objeto de que el señorito esté sin el recelo menor. El cuerpo que escondí en la bodega...

MART. ¡En la bodega!...

SANT. Lo saqué... Lo quemé... Quemé las ropas.. Fué ceniza... Eché la ceniza al río... Pueden venir. No hay prueba, no hay testimonio.

MART. (Abrumado.) ¡Aquel cuerpo! ¡El de Irene! (Pausa.) ¡Santiago, amigo mío... te doy gracias!... A mi vez, tengo algo que advertirte.. Ya sabes que mi mujer es...

SANT. (Misteriosamente.) La propia hermana...

MART. Sí, la señorita joven de Ourense... ¿La conoces?

SANT. No señor... Yo no fui por allá nunca.. Pero sea bienvenida mi señora..

MART. Te prevengo que cuando la veas..

ESCENA VI

DICHOS. MIGALLA por la puerta de la izquierda, corriendo, sofocadísima; á la vez, JUANA por la puerta del fondo, con el cántaro lleno.

MIG. ¡Señor Santiago! ¡Señor Santiago! (Al ver á Martín se detiene asustada.)

SANT. (Encolerizado.) ¿No te dije que no asomases por aquí?

MIG. Es que... es que han entrado por la puerta del corral...

SANT. ¿Pero quién?

MIG. ¡Los ceviles de á caballo!

MART. (Involuntariamente) ¡La guardia! ¿A qué viene á esta casa la guardia, Santiago?

SANT. (Con calma.) Viene á cada paso, señorito... Siempre que les coge de camino, descansan en la cocina... (A Migalla.) ¿Tú de qué te pasmas, tonta?

MIG. ¡Es que traen un preso!

SANT. ¿Un preso?

MIG. Atado así, con perdón... ¡Parece que viene muriéndose, ay madre mía!

SANT. Algún buen pájaro será..

MIG. Y quieren entrar aquí con él...

SANT. Entren enhorabuena... ¡Migalla, maíz para los caballos! (Sale Migalla.) Señorito, no se moleste, suba á sus habitaciones...

MART. No, aquí aguardo...

ESCENA VII

MARTÍN, SANTIAGO, JUANA, DOS GUARDIAS, EL CABO, SANGRE NEGRA. Trae amarrados los brazos al cuerpo con cuerdas, y grillos en las manos.

CABO A la obediencia de usía, porque supongo que es el señor don Martín... Ya sabíamos por los del puesto de Limelle que hoy pasaría el río con su digna familia, para venir á este palacio, y teníamos pensado acercarnos y ofrecernos para lo que sea servido de mandar. Venimos á molestar antes de lo que habíamos determinado, porque hará una hora que dimos alcance á éste, y como desde ayer le sigue toda la guardia y le vamos

- acorrallando, no ha probado alimento, y si no toma un bocado... no sabemos cómo hacer.
- SANT. Juana, con licencia del señorito, caldo para todos y vino para los guardias.
- CABO Se estima, pero nosotros hemos almorzado. Este es quien...
- SANT. Un vaso de vino fresco, sin gana se toma.
- SANG. ¡Agua! ¡Por caridad, un poco de agua!
- MART. Juana, el jarro... El agua fresca que trajiste para mí... Una taza... (Se acerca á Sangre Negra y le sirve. Después bebe él por la taza misma y todos le miran con extrañeza.)
- CABO Señor, no se digne... No sabe quién es este mirlo... Nos ha hecho sudar... Se nos ha emboscado en sitios que sólo las fieras... Pero como ya estábamos determinados á que no se nos metiese otra vez en Portugal, le aco-
samos tanto, que el hambre le rindió.
- MART. ¿Y qué ha hecho este... desventurado? (Juana saca el caldo para Sangre Negra.)
- CABO ¡Desventurado! ¡Si es más malo que Caín! ¡Por algo le llaman *Sangre Negra*! Ha hecho mil maldades, y por escapar de la justicia, andaba trabajando en una carretera, cerca de Monzón... Y cádate que hace dos noches pasa la frontera y viene á degollar á su mujer.
- MART. (A Sangre Negra.) ¿Por qué mataste?
- SANG. (Gimoteando.) Son falsos testimonios... Yo no la maté, señorito...
- CABO Si se les pregunta á ellos...
- SANG. Así Dios me salve... Tan cierto como que nos tenemos de morir... Así caiga una chispa y me parta, soy inocente.
- CABO ¡Inocente! Y me dijo á mí uno que trabaja en la carretera, que cuando oyó si su mujer andaba ó no andaba... ¡allí mismo juró que la cortaría el pescuezo!
- MART. Mire usted, Cabo, cómo se le hinchan las muñecas, qué destrozada trae la ropa.

- CABO ¡Buen milagro! Hubo que cazarle como á un tejón, entre los espinos... También nos pusimos regulares nosotros. Mal ganado es este, señor de Trava.
- MART. Somos malos todos los hombres...
- SANG. (Explotando la visible compasión de Martín.) Señorito, por quien tiene en el otro mundo, por el alma de quien más quiera, pida que me desaten los brazos, que me quiten los grillos... ¡Me hacen trizas! ¡Es una crueldad!
- MART. (Ansiosamente.) Cabo, ¿no se podría?...
- CABO Señorito, ¿y si se nos larga esta buena pieza? Usía no le conoce... ¡Ni una anguila! Se ha fugado ya dos veces de la cárcel, donde estaba por haber pegado fuego á los pajarés del vecino...
- SANG. ¡Calunia! ¡El mismo arrimó la lumbre para perderme! (Invalentonándose porque vé que le atiende Martín.) Todas son invenciones y delata-
ciones, señor. Soy inocente de cuanto me acumulan.
- MART. Habla de otro modo, desdichado, si quieres que me apiade... Dí la verdad y te abrazaré. (Acercándose á Sangre Negra.) ¿No sientes deseo de confesar lo que hiciste? ¿No te sube á la boca la palabra sincera? ¿No hay en tu corazón un peso, un peso enorme, que se aliviaría si confesases? (Sangre Negra le mira asombrado.)
- SANT. Señorito... (Pasa entre Sangre Negra y Martín; pero éste, con autoridad, le aparta.)
- MART. No creas que el silencio borra la acción. Callarás, pero hablarán por tí tus ojos, tu cara, los sitios donde cometiste el crimen... Y por más que hagas desaparecer hasta la última huella, hasta el más insignificante rastro...
- SANT. ¡Señorito! ¡Mi amo! Atienda...
- MART. (sin hacerle caso.) Por más que á tu alrededor nadie llegue á sospechar, que todos te respeten, que parezcas feliz...

- SANT. (Con violencia.) Señorito... A este hombre no le importan semejantes conversaciones... No se distraiga, la señora va á llegar.
- SANG. Señor compasivo de la buena alma, pida que me quiten los grillos y yo diré la santa verdá. Y que me den una meaja de aguardiente, que tengo el cuerpo cortado y no me entra la comida...
- MART. Cabo... por favor... (El Cabo y los guardias se hacen una seña de inteligencia, y resignados, de mala gana, quitan á Sangre Negra los grillos y los cordeles.) Come y reposa un instante... Juana, tráele á este hombre ron ó coñac... lo que haya... y prepárale una taza de café.
- JUANA (Gruñona.) ¡Ron! ¡Café!
- MART. ¿Hay que repetir la orden?
- JUANA Yo, por mí... (Busca precipitadamente, en una alacena, lo que Martín pide.)
- CABO Señorito, déjese de tantas bondades. Si usía no dispone otra cosa, nos vamos á Tuy.
- SANT. (Aprobando.) Los caballos ya habrán comido su pienso.
- CABO Se nos hace tarde. (A Sangre Negra.) Ea, alza, arriba.
- SANG. (Hace un esfuerzo para incorporarse y le faltan las fuerzas realmente.) ¡No puedo! ¡Caridad de un cristiano!
- MART. ¿No ven que es imposible? Este hombre no tiene ánimos. Cabo, quédense ustedes... Hoy les damos aquí cama, y mañana temprano... Se estima, don Martín, pero hay que cumplir la obligación. Rendidos vamos todos...
- SANG. (Confidencialmente á Martín.) Ellos llevan caballo, y yo voy á pie...
- MIG. (Entrando, aparte á uno de los guardias.) ¿Lo soltaron? ¿Hará daño?
- GUARDIA No tengas miedo, puedes acercarte. (Migalla se aproxima y mira con curiosidad, asustada, á Sangre Negra.)
- SANT. (Que ha oído el diálogo entre Sangre Negra y Martín.) Ahora mismo voy á darle mi yegua... Tú,

- Migalla, sácala por el corral. Echale el albardón... (Sale Migalla otra vez.)
- CABO Muy compadecido es don Martín. Es un santo... (Sangre Negra bebe el ron que le sirve Juana, y da señales de recobrar fuerzas.)

ESCENA VIII

DICHOS, menos MIGALLA; EL CURA, EL NOTARIO. Ambos visten de domingo y, al entrar, saludan respetuosamente á Martín

- CURA Bien venido sea el señor de Trava, después de tantos años como hace que falta de su casa solar... Supimos que al fin venían hoy, no sólo usted, sino la señora y el angelito... Nos ponemos á su disposición; en cuanto ocurra, mandar con franqueza á un humilde capellán.
- NOT. Igualmente. Servidor, el notario de Trava, que se alegra infinito... ¿Pero cómo es esto? ¿La señora no ha venido todavía? ¿Vendrá de fijo? Porque la gente anda alborotada, y quiere hacer fiesta. Hoy ningún mozo de la parroquia ha consentido entrar al trabajo, y dicen que han de bailar aquí en el patio, según es costumbre antigua, y que han de echar cohetes para que los de la otra orilla, los extranjeros, vean que hay rumbo.
- MART. Que todo se haga según lo acostumbrado... Santiago, que se les dé luego de beber...
- CURA (Aparte al Notario.) Parece que está así... como distraído.
- NOT. (Aparte al Cura.) Ni nos ha mirado... Igual que si no estuviésemos delante.
- CURA (Al Cabo.) ¿Este es el célebre Sangre Negra? ¿El que dió tormento al párroco de Reibós para robarle?
- CABO El mismito...
- CURA Por si acaso, convenía sujetarle mejor, que ese se escapa por el agujero de un silbato...

- NOT. Vuélvane á poner los grillos... A ese hay que clavarle á una tabla como los murciélagos...
- MART. Señor Cura, señor Notario, no aprieten el tornillo... Yo he sido quien rogó al Cabo que llevase con más humanidad á este hombre. Si usted aboga por tal perillán... Mire que es el Sangre Negra, un foragido temible.
- NOT. ¡Un hombre como nosotros! Pero que si delinquiró, va á expiar... No todos pueden decir eso... Señor Cura, exhórtele, persuádale á que confiese..
- MART. ¿Que se confiese conmigo? No sería malo, si venía contrito el penitente.
- MART. Más aún... Que se confiese en voz alta, para que le oigamos todos...
- CURA ¡Don Martin! ¿En qué quedamos? ¿Usted le ampara, ó no? Eso es como si le dijese: «Ponte con tus manos la argolla».
- NOT. No hay mejor padrino para estos que Juan Niega...

ESCENA IX

DICHOS y MIGALLA

- MIG. Ya está la yegua lista.
- CABO A la obediencia, don Martín, y la compañía. (A Sangre Negra.) Suerte tienes... Vas á ir á caballo, como un hombre de bien... ¿No le dices al señor de Trava un mal «Dios se lo pague»?
- SANG. (A Martín.) Señor de la buena alma, espero en su noble protección para que se aclare la verdad...
- MART. Aclararla es tu deber... ¡Confiesa!
- CABO (Aparte á los guardias.) En cuanto nos apartemos un poco, arreármele otra vez los cordones y los grillos. (Salen por la puerta del fondo.)

ESCENA X

DICHOS, menos el CABO, los GUARDIAS y SANGRE NEGRA

- JUANA (Aparte á Santiago.) Vayan con mil pares de santos.
- SANT. (Enjugándose la frente con su pañuelo.) ¡Amén!
- MIG. ¿Se escapará el descomulgado? ¿Tornará aquí al oscurecer á cortarnos el pescuezo?... (Se acerca á la puerta y mira.) Ya se van... Av, ahora se paran... Es que se han encontrado con señores. Con muchos, muchos señores que ahí vienen.

ESCENA XI

DICHOS, ANITA, el aya inglesa, con la niña, criados, aldeanos y aldeanas. A todos estos personajes y comparsas se les ha de ver por la puerta del fondo, sin que entren en escena, excepto Anita, que viste de camino, trae un velo á la cara y lo alza, sonriendo, mientras Martin se precipita hacia ella.

- MART. ¡Anita! ¡Ana! ¡Por aquí no! Por la escalera principal... Te guiaré.
- SANT. (Que se ha precipitado también, y al ver á Anita retrocede con espanto.) ¡Jesús me valga! ¡Los muertos tornan acá! (Aldeanos y aldeanas gritan alegremente en el fondo, formando cuadro. Estallan algunos cohetes.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO